



Amoris Laetitia

Temporada 3

Sesión 5: La oración en la familia

El papa Francisco ha designado este 2024 como el Año de la Oración. Un tiempo precioso para la Iglesia que si la aprovechamos nos llevará a crecer en tiempo y calidad en nuestra oración. Para preparar la sesión de esta semana tenéis el vídeo con las recomendaciones de Mn. Emili y también las siguientes reflexiones del santo Padre acerca de la oración en el seno de la familia:

1. Rezar con humildad y dejar que la oración fortalezca a la familia

(Extracto de la Jornada mundial sobre la familia del 27 de octubre de 2013)

La familia que ora. El texto del Evangelio (Lc 18,9-14) pone en evidencia dos modos de orar, uno falso – el del fariseo – y el otro auténtico – el del publicano. El fariseo encarna una actitud que no manifiesta la acción de gracias a Dios por sus beneficios y su misericordia, sino más bien la satisfacción de sí. El fariseo se siente justo, se siente en orden, se pavonea de esto y juzga a los demás desde lo alto de su pedestal. El publicano, por el contrario, no utiliza muchas palabras. Su **oración es humilde, sobria**, imbuida por la conciencia de su propia indignidad, de su propia miseria: este hombre en verdad se reconoce necesitado del perdón de Dios, de la misericordia de Dios.

La del publicano es **la oración del pobre, es la oración que agrada a Dios** que, como dice la primera Lectura, «sube hasta las nubes» (Si 35,16), mientras que la del fariseo está marcada por el peso de la vanidad.

A la luz de esta Palabra, quisiera preguntarles a ustedes, **queridas familias: ¿Rezan alguna vez en familia?** Algunos sí, lo sé. Pero muchos me dicen: Pero ¿cómo se hace? Se hace como el publicano, es claro: humildemente, delante de Dios. Cada uno con humildad se deja ver del Señor y le pide su bondad, que venga a nosotros. Pero, **en familia, ¿cómo se hace?** Porque parece que la oración sea algo personal, y además nunca se encuentra el momento oportuno, tranquilo, en familia... Sí, es verdad, pero es también **cuestión de humildad, de reconocer que tenemos necesidad de Dios**, como el publicano. Y **todas las familias tenemos necesidad de Dios**: todos, todos. Necesidad de su ayuda, de su fuerza, de su bendición, de su misericordia, de su perdón. Y se requiere sencillez. **Para rezar en familia se necesita sencillez. Rezar juntos el “Padrenuestro”, alrededor de la mesa, no es algo extraordinario: es fácil.** Y rezar juntos el Rosario, en familia, es muy bello, da mucha fuerza. Y rezar también el uno por el otro: el marido por la esposa, la esposa por el marido, los dos por los hijos, los hijos por los padres, por los abuelos... **Rezar el uno por el otro. Esto es rezar en familia, y esto hace fuerte la familia: la oración.**

2. Dejarnos habitar por el Amor de Dios y superar la dificultad del tiempo en la oración (extracto de la Audiencia general del 26 de agosto de 2015)

Después de reflexionar acerca de cómo vive la familia los tiempos de la fiesta y del trabajo, **consideramos ahora el tiempo de la oración.**

El lamento más frecuente de los cristianos se refiere precisamente al tiempo: **«Tendría que rezar más...; quisiera hacerlo, pero a menudo me falta el tiempo».** Lo oímos continuamente. El pesar es sincero, ciertamente, porque **el corazón humano busca siempre la oración**, incluso sin saberlo; y si no la encuentra no tiene paz. Pero para que se encuentren, **hay que cultivar en el corazón un amor «cálido» por Dios**, un amor afectivo.

Podemos hacernos una pregunta muy sencilla. Está bien creer en Dios con todo el corazón, está bien esperar que nos ayude en las dificultades, está bien sentir el deber de darle gracias. Todo está bien. Pero **¿lo queremos, de verdad, un poco al Señor?** ¿Pensar en Dios nos conmueve, nos maravilla, nos entenece?

Pensemos en la formulación del gran mandamiento, que sostiene a todos los demás: «Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda el alma y con todas tus fuerzas» (Dt 6, 5; cf. Mt 22, 37). La fórmula usa el lenguaje intenso del amor, orientándolo a Dios. Así, el espíritu de oración habita ante todo aquí. Y si habita aquí, habita todo el tiempo y ya no sale de él.

¿Logramos pensar en Dios como la caricia que nos mantiene con vida, antes de la cual no hay nada; una caricia de la cual nada, ni siquiera la muerte, nos puede separar? ¿O bien pensamos en Él sólo como el gran Ser, el Todopoderoso que creó todas las cosas, el Juez que controla cada acción? Todo es verdad, naturalmente. Pero sólo cuando Dios es el afecto de todos nuestros afectos, el significado de estas palabras llega a ser pleno. Entonces nos sentimos felices, y también un poco confundidos, porque Él piensa en nosotros y, sobre todo, nos ama.

¿No es impresionante esto? ¿No es impresionante que Dios nos acaricie con amor de padre? ¡Es tan bonito! Podía simplemente darse a conocer como el Ser supremo, dar sus mandamientos y esperar los resultados. En cambio, Dios hizo y hace infinitamente más que eso. Nos acompaña en el camino de la vida, nos protege y nos ama.

Si el afecto por Dios no enciende el fuego, el espíritu de la oración no caldea el tiempo. Podemos incluso multiplicar nuestras palabras, «como hacen los gentiles», dice Jesús; o también hacernos ver por nuestros ritos, «como hacen los fariseos» (cf. Mt 6, 5.7). **Un corazón habitado por el amor a Dios convierte también en oración un pensamiento sin palabras**, o una invocación ante una imagen sagrada, o un beso enviado hacia una iglesia. Es hermoso cuando las mamás enseñan a los hijos pequeños a mandar un beso a Jesús o a la Virgen. ¡Cuánta ternura hay en eso! En ese momento **el corazón de los niños se convierte en espacio de oración.** Y es un **don del Espíritu Santo.** Nunca olvidemos pedir este don para cada uno de nosotros, porque el Espíritu de Dios tiene su modo especial de decir en nuestro corazón «Abbà» — «Padre»; y nos enseña a decir «Padre» precisamente como lo decía Jesús, un modo que nunca podremos encontrar por nosotros mismos (cf. Gal 4, 6). **Este don del Espíritu se aprende a pedirlo y apreciarlo en la familia.** Si lo aprendes con la misma espontaneidad con la que aprendes a decir «papá» y «mamá», lo has aprendido para siempre. Cuando esto sucede, **el tiempo de toda la vida familiar se ve envuelto en el seno del amor de Dios, y busca espontáneamente el momento de la oración.**

El tiempo de la familia, lo sabemos bien, es un tiempo complicado y lleno de asuntos, ocupado y preocupado. Es siempre poco, nunca es suficiente, hay tantas cosas por hacer. Quien tiene una familia aprende rápido a resolver una ecuación que ni siquiera los grandes matemáticos saben resolver: hacer que veinticuatro horas rindan el doble. Hay mamás y papás que por esto podrían ganar el Premio Nobel. De 24 horas hacen 48: ¡no sé cómo hacen, pero se mueven y lo hacen! ¡Hay tanto trabajo en la familia!

El espíritu de oración restituye el tiempo a Dios, sale de la obsesión de una vida a la que siempre le falta el tiempo, vuelve a encontrar la paz de las cosas necesarias y descubre la alegría de los dones inesperados. Buenas guías para ello son las dos hermanas Marta y María, de las que habla el Evangelio que hemos escuchado. Ellas aprendieron de Dios **la armonía de los ritmos familiares: la belleza de la fiesta, la serenidad del trabajo, el espíritu de oración** (cf. Lc 10, 38-42).

La visita de Jesús, a quien querían mucho, era su fiesta. Pero un día Marta aprendió que el trabajo de la hospitalidad, incluso siendo importante, no lo es todo, sino que escuchar al Señor, como hacía María, era la cuestión verdaderamente esencial, la «parte mejor» del tiempo. **La oración brota de la escucha de Jesús, de la lectura del Evangelio. No os olvidéis de leer todos los días un pasaje del Evangelio.** La oración brota de la familiaridad con la Palabra de Dios.

¿Contamos con esta familiaridad en nuestra familia? **¿Tenemos el Evangelio en casa? ¿Lo abrimos alguna vez para leerlo juntos?** ¿Lo meditamos rezando el Rosario? **El Evangelio leído y meditado en familia es como un pan bueno que nutre el corazón de todos.** Por la mañana y por la tarde, y cuando nos sentemos a la mesa, **aprendamos a decir juntos una oración,** con mucha sencillez: es Jesús quien viene entre nosotros, como iba a la familia de Marta, María y Lázaro.

Una cosa que me preocupa mucho y que he visto en las ciudades: hay niños que no han aprendido a hacer la señal de la cruz. Pero tú, mamá, papá, enseña al niño a rezar, a hacer la señal de la cruz: es una hermosa tarea de las mamás y los papás.

En la oración de la familia, en sus momentos fuertes y en sus pasos difíciles, nos encomendamos unos a otros, para que cada uno de nosotros en la familia esté protegido por el amor de Dios.

Fuente: Archivo de la Santa Sede (Vatican.va)

Preguntas

Os invitamos a reflexionar sobre las siguientes cuestiones para compartir con el grupo:

1. ¿Cómo ha sido la evolución de tu forma de rezar en las 3 dimensiones que nos dice Mn Emili en el video a lo largo de tu vida? En la actualidad ¿cuál es la forma que te ayuda más?
2. ¿Cuáles son vuestros principales obstáculos para la oración personal, en el matrimonio y en la familia? ¿Qué podríais hacer para crecer en este ámbito?